

editorial

Profesionales de la salud: ama lo que haces

Dice una escritora americana:

“Si quieres ser feliz un año, gana la lotería. Si quieres ser siempre feliz, ama lo que haces” (Mary Higgins Clark).

“Ama lo que haces” debería ser el leitmotiv de todo ser humano, de todo trabajador, de todo profesional y, si me apuráis, en particular de los profesionales de la salud pues toda su actividad está en función de personas y éstas frágiles, enfermas. Por eso, la dirección de la revista Labor Hospitalaria ofrece en el presente número una temática de gran actualidad, siempre presente y urgente pues toca la persona enferma.

Cuando hablamos de salud, de humanización, de gestión carismática, de profesiones de cuidados, de atención holística de la salud y de la misma formación profesional, ¿en función de quién hablamos?, ¿a quiénes nos dirigimos? Al enfermo, centro de nuestro trabajo y misión:

de ahí parte del título que lleva está número: “ama lo que haces”. Algo de esto expresaba el médico Paracelso en el siglo XVI:

“El fundamento más importante de la medicina es el amor. Si nuestro amor es grande, será grande el fruto que la medicina obtendrá de él; si es pequeño, también nuestros frutos serán pequeños”

Profesionales de la salud: ama lo que haces. Y no olvides que el material que hoy te ofrecemos te ayudará a conseguirlo.

El profesional de la salud no debe refugiarse en la función, en el rol que desempeña; debe descubrir que el enfermo está preocupado por su enfermedad, que es para él una agresión, una amenaza que le vuelve inseguro y le obliga a pedir ayuda.

Con razón decía nuestro **Hermano Pierluigi Marchesi** que el lugar de la salud no era un bar, ni un cine, sino un lugar de cura, donde incluso puedo morirme.

Hoy se habla mucho de concepción holística de la salud, de atención humana e integral y de trabajo en equipo. Todo ello supone un conocimiento de los roles profesionales y de las necesidades reales del enfermo.

Del enfermo en particular necesitamos conocer su biografía y sus reacciones -porque cada cual sufre su enfermedad-, y que tengamos un gran respeto por su persona e individualicemos la asistencia.

Si obramos así, tendremos que reconocer que en la práctica y de verdad estamos ejerciendo una asistencia integral, y que nuestro ambiente sanitario es humano.

En particular, refiriéndose al hospital, el P. Marchesi decía:

“El hospital humano es abierto, tiene un cuadro de mando muy preciso y transparente, cree en el trabajo en equipo, imparte una formación permanente y es una casa-familia”¹.

Todo esto es -o debe ser- así porque tratamos con personas y no con cosas, y porque la curación de estas personas enfermas requiere encuentros intensos y frecuentes diálogos; no se obtiene la curación solamente suministrando medicinas, ni tampoco a través de encuentros superficiales.

De aquí que nuestros enfermos nos pidan una asistencia cada vez más humana y personal, comprensiva, cercana; no tratamos enfermedades, sino a hombres enfermos.

Lo que distingue la profesión del personal sanitario de la mayoría de otras profesiones es que se ejerce sobre seres vivos que, además de tener unos derechos, sufren. Y lo que importa no es tanto lo que les hacemos, sino cómo se lo hacemos.

No se trata tampoco de una simple acción profesional, de una ocupación, sino que debe ir más allá: nuestro servicio al hombre que sufre exige una vocación que es sinónimo de dedicación, armonía, colaboración, respeto y amor.

Profesionales sanitarios: amad vuestra profesión, sed ministros de la vida. Tenéis ante vosotros una gran tarea: técnica, ciertamente; pero vuestra profesión al servicio del hombre os plantea un reto: ¿sois capaces de atenderlo con humanidad e integralmente?

Con vuestra acogida construiréis para el enfermo la “nueva casa” que él necesita; construiréis un lugar adecuado, orientado hacia el enfermo; él es -debe ser- el centro. Entrad en profundidad, buscad el bien del enfermo y veréis cómo cambian las relaciones, las comunicaciones, el poder.

Buscad el bien del enfermo y encontraréis la manera de poner en vuestra profesión más ciencia, más disponibilidad, más diálogo y mayor presencia.

Decía el **Cardenal Enrique Tarancón**, hablando de la profesión sanitaria, que

“la medicina, la educación, el sacerdocio, exigen algo más que una ayuda técnica, si bien ésta es necesaria. Necesitan del calor humano de quienes les asisten. Por esto tienen una peculiar grandeza y una plenitud humana”².

Grandeza tal, ésta de los profesionales sanitarios, que el Pontificio Consejo de la Pastoral de la salud no dudó en llamarles “**Ministros de la Vida**”³.

Sí, el médico, la enfermera, los profesionales sanitarios, por su preparación, profesión y misión, están al servicio de la vida, y por eso deben ser los mejores consejeros en orientarnos sobre cómo vivirla en salud.

Los profesionales sanitarios están al servicio de la vida; son ministros de la vida, que deben defender, educar y servir.

En la “**Carta de los Agentes Sanitarios**”, publicada por el Pontificio Consejo de la Pastoral de la salud, los primeros diez números tratan de este tema.

Cito solamente el comienzo de la Carta, donde dice:

“La actividad de los agentes de la salud tiene el alto valor del servicio a la vida. Es la expresión de un empeño profundamente humano y cristiano, asumido y desarrollado como actividad

1. MARCHESI, Pierluigi Umanizziamo l'ospedale, en AA.VV. Per un ospedale più umano. Ed. Paoline. 1985

2. TARANCÓN, Enrique La profesión sanitaria, en la Revista Humanizar. Febrero 1994

3. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PASTORAL DE LOS AGENTES SANITARIOS, Carta de los Agentes Sanitarios (nº 1-10).

no sólo técnica sino de un entregarse total e incondicionalmente y de amor al prójimo. Tal actividad es «una forma de testimonio cristiano». «Su profesión les exige ser custodios y servidores de la vida humana» (nº 1)».

El episcopado español, en uno de sus documentos sobre los “Los católicos y la profesión”⁴, dice:

“La Profesión adquiere (...) una dimensión verdaderamente vocacional y hasta espiritual. Pero esto sólo será verdad si el ejercicio de la profesión está interiormente animado por el Espíritu y regido en su desarrollo por los criterios morales del Evangelio y de la imitación de Jesucristo. Estas exigencias no han de limitarse únicamente al orden económico, como por ejemplo la justicia en sueldos y honorarios. La vida y la moral cristianas tienen exigencias más amplias. El respeto a la vida, la fidelidad a la verdad, la responsabilidad y la buena preparación, la laboriosidad y la honestidad, el rechazo de todo fraude, el sentido social e incluso la generosidad deben inspirar siempre al cristiano en el ejercicio de sus actividades laborales y profesionales”.

En esto consiste “promover una cultura de la salud que tenga en cuenta la vida como un valor”, y la acogida, la humanización, la hospitalidad y el amor como signo de un gran respeto por el hombre y por aquellos medios que contribuyen a una curación integral, total, de la persona enferma.

+ José Luis Redrado, O.H.
Director

4. COMISIÓN
PERMANENTE DE
LA CONFERENCIA
EPISCOPAL
ESPAÑOLA,
Inst. Past.,
Los católicos
en la vida pública,
22-IV-1986,
nº 113-114.

